

Esplendores y miserias de la indiscernible erudición

Luis Chitarroni
Escritor y editor

Anticipo del seminario “Breve historia argentina de la literatura latinoamericana (a partir de Borges)”, del 22 de septiembre al 1 de diciembre de 2016.

La primera objeción sobre el título: ¿por qué atribuir a cuestiones tan contundentes como esplendor y miseria algo calificado, con antepuesta deliberación adjetival, de “indiscernible”? La respuesta se limitará a admitir que se trata de un apéndice lacónico de proceder: una referencia, una cita. Y, ya sin ánimo de ofensa, continuar del mismo modo, “con horror y con calma”, como pedía Girri. El esplendor que remite al Zohar, nada menos, y las miserias que se dan por ciertas, y solicitan, ya en pleno siglo diecinueve, a Proudhon y a Marx, pueden entenebrecer un poco el título, pero de ninguna manera mitigar hasta la perplejidad los resultados.

El segundo punto es sin duda esa afirmación de A. E. Housman que supo convertirse rápidamente en enigma, de acuerdo con la cual la verdadera erudición es tan infrecuente como el espíritu poético. En este caso el análisis debe procurar no irse por las ramas y atenerse a dos cuestiones, a saber: que Housman lo escribió en el momento en que esa crisis concerniente solo a la erudición fue provocada por cierto “inherentismo” fanático, y que a Housman, como podría contribuir acaso el más ocioso de sus detractores (no sabemos si Hugh Kingsmill o Cyril Connolly), la erudición le parecía más familiar, sin duda, porque la visita del genio poético nunca ocurría.

La erudición de Housman, sin embargo, es la mayoría de las veces pertinente, como en el caso de su poema sobre Mitrídates Eupator, que sirve de exergo a la novela histórica de Alfred Dugan (*Mithridates, he died old*). No se rebaja jamás a la preterición ni a la pretensión arbitraria del lujo (como, es admisible reconocer, en Jonson, Góngora o Marino). Y los límites fríos de esa combustión de saberes (o, vamos a regatear: conocimientos) se contenta con abarcar poco. De ahí el carácter y la economía housmaniana, que John Sparrow señala en su prólogo a la escasa obra poética del susodicho. Escasez de recursos, de procedimientos, de palabras. Una erudición, en conformidad atlética con nuestra pobreza, “minimalista”.

Ahora bien, esta erudición precipua tampoco puede ser o detentar (alguien me escribe prometiendo que la identidad y la semejanza son indiscernibles solo en las tazas de té), la atacada. El valor contencioso que se le atribuye actualmente, sobre todo de manera un tanto despectiva, no puede ser la de Housman, que protege como principios insobornables la austeridad y la sobriedad. La erudición que se condena es la exhibicionista, la vistosa (como podía detectarla

MALBA

el Borges bisoño de los primeros libros: la “farolera”). La profusa, la que bien puede acusarse de “supernumeraria”. Y es también la que se admira o la que dice admirarse.

A menudo la erudición indicada en estos términos suele usarse para descartar otras atribuciones, otros méritos. Otros oficios. A menudo la erudición y la condición de editor que se me atribuye –e incluso la de “buen lector”– suelen servir a los solapados enemigos para soslayar que escribo, que soy escritor. Y no creo que esto sea un exceso de paranoia. El adagio, muy alejado de la ofensa, me defiende: “Hasta los paranoicos tenemos enemigos”.

Una erudición infiltrada, *a la violeta*, vale decir ficticia, fue la que detectó José Cadalso, el gran escritor español eclipsado acaso por la época –su propia época cárdena–, pero cuya *Noches lúgubres* en consonancia pueden, de cualquier manera, leerse sin deterioro en la actualidad.

En cuanto a la erudición pertinente (libre de sospechas: sin ligazones ni intereses, generosa, desinteresada, puesta a atar cabos que suprimen ahogos y extenuaciones intelectuales), ya no se le otorga crédito a los críticos por esto –por cultivar y acumular, tal vez con excesivo celo, el bosón de Housman. Porque otro de los riesgos y los límites que la constelación (que no es nebulosa), afantasmada en crítica literaria y ajena por completo a las Pléyades, contempla (¿qué otra cosa podría hacer?) es la de asistir a / e instruir a secas, un escándalo (“escándalo bizarro del aire”, llamó Góngora al gerifalte). Es que la erudición de una persona imaginativa –su memoria– suele ser, como ha demostrado Aby Warburg, un espectáculo.

De “diseminación” habla Jacques Derrida, aunque uno nunca logre extirpar de esas conflagraciones consanguíneas un “sentido más puro para las palabras de la tribu”. Por supuesto que lo que sucedió (porque no era posible abolir la sucesión) fue peor: el exterminio sistemático de cuestiones y razones de acuerdo con un plan de ampulosa verborrea contra el logocentrismo.

Derrida es, claro, uno de los exponentes desorbitados, desplazados, que el culto estricto de la cruzada antienciclopedista (niños de todas las edades contra el sempiterno Diderot) condujo a su parnaso imperioso. Recuerdo al grupo pop post punk Scritti Politti que supo homenajearlo en el tiempo de su tiempo (porque no hubo nada como las escuelas de altos estudios francesas para añadir una franja *fashion* a cualquier erupción). Recuerdo personalmente a Derrida retrocediendo hasta el escaque del “otro Jacques” (Lacan), a causa de una pregunta de Nicolás Rosa en un encuentro moderadamente lacio también en el Centro Rojas, muchos años atrás, en los albores de la democracia.

Para ser estrictamente crueles, y en una retrospección que condesciende a argumentos de baja estofa, muchas de las vaguedades e imprecisiones pertinentes, prepotentes, comenzaron con el menoscabo de la erudición que impuso el estructuralismo y sus derivas enceguecidas o estrictamente ágrafas. Todo perdía sentido cuando un laberinto de garabatos ponía en tela de juicio, entre otras cosas, la sucesión y la historia (acaso por considerarla mera cronología). En homenaje a los mansos precursores (la implicancia cronológica de la palabra no me desvía) que defiende Domínguez Michael en *Los decimonónicos*, me animo a brindar (ninguno de los dos rechazaría el gesto, y no me refiero a Domínguez Michael ni a mí) por Marcelino Menén-

MALBA

dez y Pelayo, cuyo estilo el propio Borges declara (aunque se haya tomado primero el trabajo de decidir que era incapaz de pensar), muy superior al de Unamuno, y por George Saintsbury, de quien Edmund Wilson observa en ensayo epónimo que distinguía las fechas, los toneles y las cepas de la literatura con una admiración y una curiosidad ética dignas de un hedonista y un enólogo.